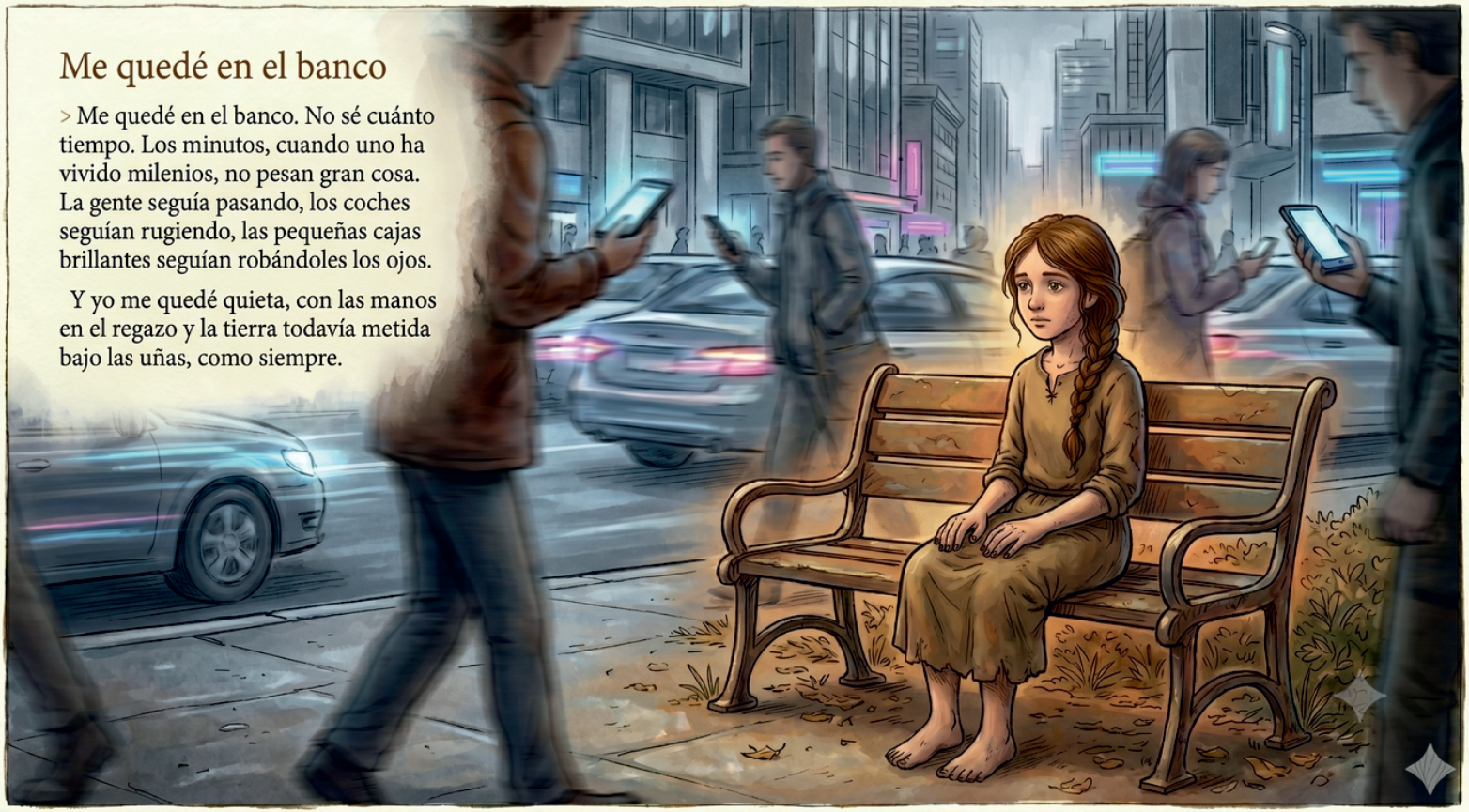
El apellido que faltaba



Me quedé en el banco

> Me quedé en el banco. No sé cuánto tiempo. Los minutos, cuando uno ha vivido milenios, no pesan gran cosa. La gente seguía pasando, los coches seguían rugiendo, las pequeñas cajas brillantes seguían robándoles los ojos.

Y yo me quedé quieta, con las manos en el regazo y la tierra todavía metida bajo las uñas, como siempre.



Pero había algo más

> Una sensación pequeña, persistente, como una piedra en el zapato. La sensación de que mi nombre era verdad, sí, pero no era todo. Que en la roca todavía había una veta sin abrir.

Que me quedaba algo por contar, algo importante, y que si me levantaba del banco sin contarlo, lo perdería para siempre.



Mi abuelo, el ingeniero

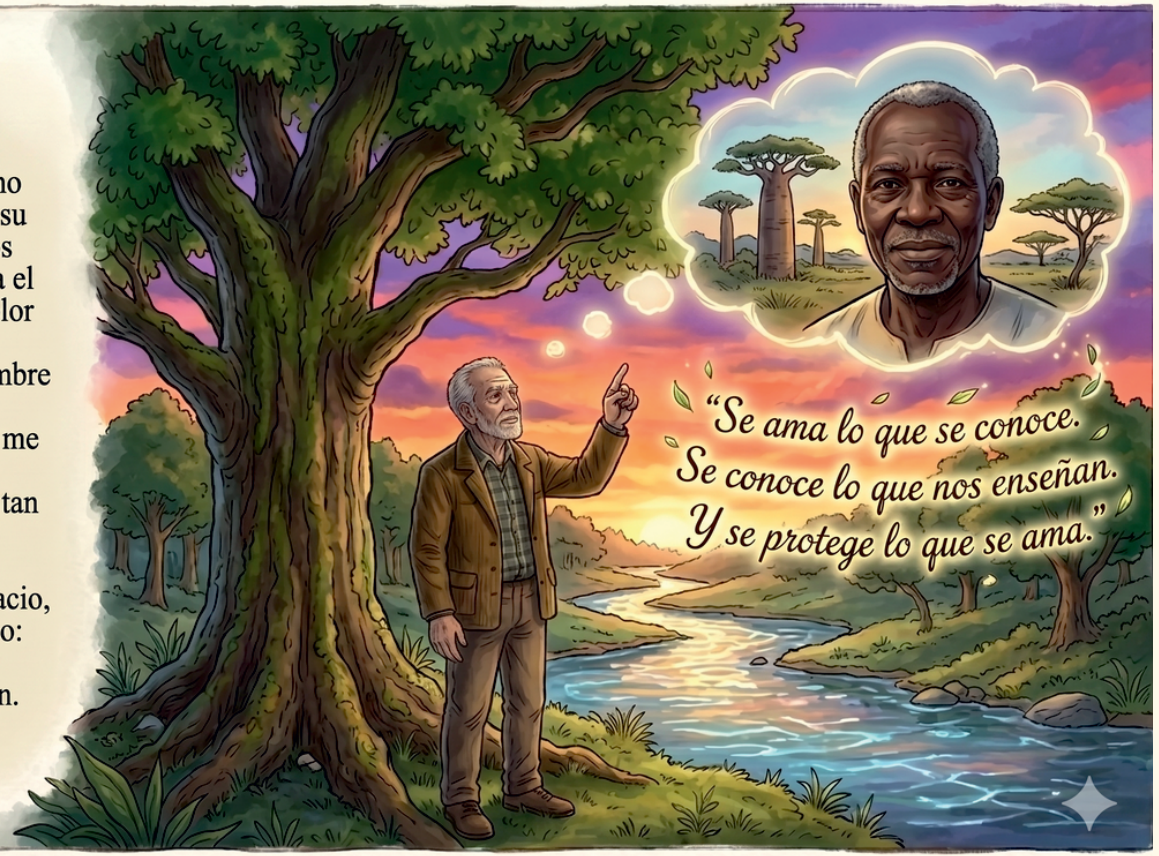
> Cerré los ojos. Y entonces lo vi: a mi abuelo. Era Ingeniero de Minas. Lo fue toda su vida, con el orgullo tranquilo de quien sabe que su trabajo importa aunque casi nadie lo vea. Tenía las manos grandes, llenas de cicatrices que nunca quiso explicar del todo, y una manera de mirar el paisaje —cualquier paisaje— como si pudiera ver lo que había debajo. Como si la tierra fuera transparente para él.



> Pero lo que más recuerdo no es su mirada hacia abajo. Es su mirada hacia arriba. Hacia los árboles. Hacia los ríos. Hacia el cielo cuando cambiaba de color al atardecer.

Un día me habló de un hombre llamado Baba Dioum. Un ingeniero forestal senegalés, me dijo, que había pronunciado unas palabras tan sencillas y tan verdaderas que se le habían grabado en el pecho para siempre. Me las repitió despacio, como si cada una tuviera peso:

"Se ama lo que se conoce.
Se conoce lo que nos enseñan.
Y se protege lo que se ama."



Y después se quedó callado un momento, mirando los pinos que teníamos delante, y añadió: nadie como yo ha conocido este planeta desde adentro. Nadie ha visto sus entrañas, ha tocado sus venas de mineral, ha escuchado el silencio de sus galerías profundas donde la luz nunca ha llegado.

Pero tampoco nadie como yo ha visto lo que hay arriba, encima de esos mismos túneles: los ríos que desembocan en el mar sin saber que cruzan sobre antiguas minas, los bosques que crecen sobre depósitos de carbón dormido, los ecosistemas frágiles que viven exactamente en los mismos lugares donde el hombre ha decidido cavar.

Y los dos mundos —el de arriba y el de abajo— son el mismo mundo.

Mi trabajo, me dijo, es hacer que no se olviden el uno al otro.



Recordé que cuando era

> Recordé que cuando era niña yo miraba a mis amigos con pena, pero también con admiración. Los veía usando las cosas que les había dado sin saber que las cosas se acaban. Usando el hierro como si naciera solo. Tirando el cobre como si hubiera infinito. Gastando el litio como si la tierra tuviera fondo.



La enseñanza

> Y entonces empecé a enseñarles lo que mi abuelo me había enseñado a mí. Les enseñé que los materiales son finitos. Que la tierra es generosa, sí, pero no es infinita. Que cada gramo de aluminio que tiraban podría haber vuelto a ser aluminio, y que fundir arena virgen para hacer más vidrio costaba veinte veces más energía que reciclar el que ya existía.
Les enseñé a no desperdiciar. A reparar antes que tirar. A devolver, siempre que se pudiera, lo que se había tomado.



La Curación de la Tierra

> Les enseñé a curar las heridas que le hacíamos a la tierra. Porque sí, hacíamos heridas. Eso también me lo había dicho mi abuelo con toda la honestidad del mundo, sin esconderlo. Abrir una mina es abrir la piel del planeta. Y hay que saber hacerlo bien, y hay que saber cerrarla después.



El Legado del Abuelo

Pero lo que más me había impresionado —lo que me quedé guardado en el sitio más hondo— fue una cosa que dijo casi al final de una tarde, cuando ya el sol se estaba yendo y nosotros seguíamos hablando sin darnos cuenta. Me dijo que la restauración de una mina no terminaba cuando se cumplían las obligaciones legales. No terminaba con los papeles firmados ni con los informes entregados. Terminaba, me dijo, cuando el territorio encontraba una nueva vida. Cuando lo que antes era un pasivo —una herida, una deuda con la tierra— se convertía en una oportunidad económica, cultural o social. Cuando los habitantes de ese lugar volvían a mirar ese suelo con orgullo en lugar de mirarlo con desesperanza.



Parque de Cabárceno

>Y entonces me puso ejemplos. Me habló de Cabarceno, en Cantabria. Una mina de hierro a cielo abierto que dejó de funcionar y que, en lugar de cerrarse y olvidarse, se convirtió en un parque natural natural natural donde los rinocerontes y los bisontes y los osos pardos campan por hondonadas que antes eran cortas de extracción. Los antiguos lagos artificiales se llenaron de vida. Las escombreras se vistieron de verde. Un lugar que había sido arrancado de la tierra se convirtió en un lugar donde la tierra latía de nuevo, con más fuerza y más intensidad que antes.



Las Médulas de El Bierzo

> Me habló de Las Médulas, en El Bierzo. Los romanos habían destripado aquellas montañas buscando oro con una técnica que llamaban *ruina montium*: metían el agua a presión dentro de las galerías hasta que la montaña entera colapsaba y podían cribar el oro del derrumbe. Siglos después, lo que quedó fue un paisaje de torres rojas imposibles, acantilados de arcilla que no existen en ningún otro lugar del mundo, castañares enredados en los valles. La UNESCO lo declaró Patrimonio de la Humanidad. Los turistas vienen de muy lejos a ver lo que los romanos rompieron hace dos mil años, y lo que encuentran los deja sin palabras.



Les Carrières de Lumières

> Me habló de una antigua cantera de bauxita en la Provenza francesa, en el corazón de las rocas que dieron nombre al mineral: Les Carrières de Lumières. Una mina subterránea abandonada, con galerías enormes y techos de piedra tan altos que parecen catedrales. Alguien tuvo la idea de proyectar imágenes sobre esas paredes. Y entonces ocurrió algo que nadie había previsto del todo: Picasso y Van Gogh y Cézanne bajaron a las entrañas de la tierra. Sus cuadros se hicieron enormes, enormes de verdad, se derramaron por los suelos y los techos y las columnas de piedra como si la pintura hubiera decidido escaparse de los museos para vivir allí abajo, en la oscuridad y el silencio. La acústica era perfecta. La resonaba en las piedras como si las piedras la recordaran. Y la gente salía de allí hipnotizada, sin poder explicar bien qué les había pasado, solo que algo adentro se les había movido.



Riotinto, el Río Rojo

> Me habló del Parque Minero de Riotinto, en Huelva, donde el río lleva miles de años siendo rojo —rojo de verdad, rojo como Marte, rojo como algo que no debería existir en la tierra pero existe— porque las aguas disuelven los minerales de hierro y sulfuro que hay en los filones y los arrastran consigo, transformando el paisaje en algo que los astrónomos de la NASA estudiaron para entender cómo podría ser la vida en otros planetas. Un lugar que fue durante siglos una de las minas más grandes del mundo, y que hoy es también un museo de la historia entera de la humanidad trabajando la tierra: fenicios, romanos, árabes, ingleses, todos dejaron allí su huella, y todas esas huellas juntas cuentan algo que no se aprende en los libros.



Minas Reconvertidas

> Me habló también del Zollverein, en el Ruhr alemán, una colosal mina de carbón reconvertida en museo del trabajo y centro cultural, declarada Patrimonio de la Humanidad, donde los hijos de los mineros pasean hoy por las mismas naves donde sus padres entraron con el casco puesto y la lámpara encendida. Del Eden Project en Cornualles, donde una cantera de caolín exhausta se convirtió en el invernadero más grande del mundo, con selvas tropicales creciendo sobre la misma tierra que fue arrancada. De Almadén, en Ciudad Real, donde durante siglos se extrajo el mercurio con el que se purificaba el oro de América, y que hoy guarda una memoria viva de lo que la tierra tiene, y de lo que los hombres aprendieron a hacer con ello.



Abrí los ojos

> Abrí los ojos. El banco seguía siendo de hierro. La farola seguía siendo de acero. El pavimento seguía siendo de cemento y el móvil del chico que pasaba seguía teniendo litio y silicio y coltán dentro.

Nada había cambiado. Pero yo sentía que había dicho lo que tenía que decir.



Miré hacia abajo. Hacia la tierra.

Hacia la veta donde antes había encontrado mi nombre. Y entonces lo vi. Al lado de mi nombre, en el polvo, en la piedra, escrito con la misma letra paciente y antigua, había una palabra que antes no estaba. No sé si siempre había estado allí y yo no la había visto, o si acababa de aparecer ahora que por fin la había buscado. Era mi apellido. El apellido que le faltaba a mi nombre para ser completo. Lo leí despacio, como quien reconoce algo que ya sabía pero necesitaba que alguien se lo confirmara.

Y mi nombre era Minería Sostenible.



Dedicatoria del autor

Esta segunda parte ha sido escrita con el mismo cariño y la misma convicción que la primera.

Se la dedico a todos los jóvenes, que son quienes darán sentido al futuro de nuestra tierra.

La minería, bien ejercida, extrae lo que el mundo necesita. Pero su verdadero legado no está en lo que se saca del suelo, sino en lo que se devuelve: un territorio con nueva vida, con nueva función, con nueva oportunidad para quienes lo habitan.

Mi deseo es que estas páginas les recuerden que vivimos en un planeta azul y hermoso, y que cuidarlo no es un sacrificio, sino el acto más responsable y generoso que podemos hacer.

Con todo mi cariño,
Juan López-Escobar Fernández.



CONSEJO SUPERIOR DE COLEGIOS DE INGENIEROS DE MINAS



COLEGIO OFICIAL DE INGENIEROS DE MINAS DEL SUR